

MEDITACIÓN 14

Acerca de un
4 DE ABRIL



P. Juan Jaime Escobar Valencia, Sch. P.

“

Poned sobre mi tumba mi nombre.
Y mi apellido: sacerdote.
Y nada más.
Porque jamás he sido ni he querido ser
otra cosa.”

(José Luis Martín Descalzo)

A

las cuatro de la tarde del 4 de abril de 1987 sucedió lo más maravilloso que me ha sucedido en mi vida. Era algo que yo aguardaba desde que era un niño, algo que soñé con estilo calasancio desde que escuché contar la historia de ese sacerdote que se entregó por completo a la niñez educándola en Piedad y Letras, algo que marcó las decisiones del adolescente que fui y que creía —creo que aún lo creo— que de esa forma ayudaría a cambiar el mundo, algo que se mantuvo encendido como un fuego ardiente a lo largo de los difícilísimos años de formación, algo que desde entonces ha sido la definición de lo único que he querido ser, de lo único que realmente soy, de lo único que espero seguir siendo. A las cuatro de la tarde del sábado 4 de abril de 1987, en la Parroquia de San José de Calasanz de la ciudad de Medellín, en la víspera del 5^o Domingo de Cuaresma, por imposición de manos de Mons. Abraham Escudero, Dios me hizo sacerdote suyo, sacerdote de Cristo —único y verdadero amor—, sacerdote para los niños y jóvenes, sacerdote para anunciar esperanzas, para repartir alegrías, para bendecir a la gente una y otra y otra vez hasta llenar el mundo de bendiciones; sacerdote para ofrecer el perdón gratuito y el pan que realmente calma el hambre de la humanidad; sacerdote para bienvenir a los niños que nos llegan como regalo divino, para acompañar a los enfermos en su dolor y para decir adiós a los que mueren y parten hacia la Eternidad; sacerdote para decir la Verdad aunque cueste, para gritar que se tiene que poder vivir haciendo el bien y para dar testimonio de que la existencia tiene más sentido cuando se gasta por amor a los demás. ¡Ah! Y aquello sucedió no porque yo me lo hubiera ganado ni con mi esfuerzo ni con mis cualidades ni con mis merecimientos. Aquello sucedió porque Él, el Amado, en su infinita misericordia, por su eterno amor, lo apostó todo por mí, como si se pudiera confiar en mí, como si alguien se pudiera apoyar en mí, como si valiera la pena creer en mí. Pero así fue Él, así ha sido su amor, así es nuestro amor.

Y, por eso, porque es Su obra, no la mía, porque es Su gracia y no mi fortaleza, porque es Su misericordia y no mi valentía, por eso quiero darle gracias. De hecho, toda la vida de un sacerdote es una acción de gracias. Un buen día uno se descubre tan amado por Dios, que se siente el deseo de corresponderle confiando en aquello de que amor con amor se paga. Pero luego uno descubre que no importa cuánto se intente amar, siempre se ama menos de lo que el Señor nos ama; no importa cuánto uno intente dar, siempre se da menos, muchísimo menos de lo que Él se nos da; y no importa cuántos esfuerzos uno realice, siempre son pequeñísimos al lado de su infinito amor, al lado de su entrega, al lado de su Cruz. Justamente por ello, la vida de un sacerdote es un esfuerzo

por pagar una deuda impagable, intentando corresponder con centavos, lo que el Señor nos ha dado por millones de millones.

Hay dos cosas que no puedo entender: la primera, ¿cómo es posible cambiar esto por otra cosa?, y la segunda, ¿cómo pueden algunos convertir algo tan bello, tan puro y tan santo en una monstruosidad que destruye inocencias, infancias y existencias?

Durante treinta y tres años he vivido el sacerdocio rodeado de gente, rodeado, sobre todo, de muchos niños y jóvenes. He querido hacerles ver la hermosura de Dios, hacerles sentir la ternura del Padre, el amor de Cristo y la fuerza y la luz del Espíritu Santo. He escrito para ellos, he dado innumerables retiros, he predicado sobre todos los temas posibles, he presidido cada Eucaristía como si fuera única y especial, he estado a su lado en momentos tan alegres como las primeras comuniones o los grados, y en momentos tan tristes como cuando han perdido a alguien importante..., como cuando han asistido a las exequias de un niño como ellos, de una niña como ellas. Y es que no hay algo mejor que servir a un Señor que pide tan poco y entrega tanto, que jamás oculta su rostro, cuyo amor permanece para siempre. No hay algo mejor que gastar la vida regalando consuelo, esperanza, ilusión, perdón, espiritualidad, apertura a Dios, conocimiento de la fe, presentimiento de la Eternidad, atrevimiento a la trascendencia.

Hoy hago memoria de dos hermosas preguntas que el Obispo hace en el momento de la Ordenación:

«¿Quieres mantener y fomentar el espíritu de oración que corresponde a tu manera de vida y, en este espíritu, según tu estado, cumplir fielmente con la celebración de la Liturgia de las Horas, en nombre de la Iglesia, más aún, en nombre de toda la humanidad?»

«¿Quieres unirte cada día más estrechamente a Cristo, sumo Sacerdote, que por nosotros se ofreció al Padre como víctima santa, y con Él ofrecerte tú mismo por la salvación de los hombres?»

(De la liturgia de la Ordenación diaconal y presbiteral)

Recuerdo estas palabras, porque este momento extraño que estamos viviendo, es la oportunidad para vivir en plenitud el orar por todos, por la humanidad entera, y hacer de la vida misma una entrega espiritual por la salvación de todos los hombres. Todos caben en el corazón y la mente de un sacerdote. Caben las familias y sus alegrías y también sus penas. Caben esos papás y mamás a quienes les digo que en esta hora no están solos, que los acompaño para ayudarlos con mi fe en sus dudas, con mi esperanza en sus angustias, con mi confianza en su zozobra. Caben los maestros, los empleados y todo el personal de nuestros colegios a quienes recuerdo cada día y cuyas vidas pongo constantemente en la patena eucarística por su amparo y protección. Caben mis amados hermanos con quienes comparto la vocación sacerdotal y la espiritualidad calasancia, y el orar cada día, y la celebración diaria de la Santa Misa, y la determinación de permanecer en esta aventura hasta el final del final. Caben todos los que piden una oración y una intercesión y una bendición y una palabra dicha aún en la distancia. Y, sobre todo, muy especialmente, caben todos mis niños y niñas, todos mis muchachos del alma, por quienes pido a Dios para que no se quiebren en la prueba, para que no los ahogue el desconcierto, para que no les gane jamás la oscuridad, para que se sientan sostenidos en toda dificultad, para que venzan el mal a fuerza de bondad y les brote del alma un amor puro en inmensa cantidad.

Es un año extraño. Un tiempo muy raro. Estábamos preparados para una gran Pascua con la gente del barrio, con las familias de nuestros colegios, con los chicos del Movimiento, con los niños y las niñas con quienes celebraríamos el lavatorio de los pies, con los muchachos con los que cantaríamos la alegría de la Resurrección. Nada de eso sucederá ya. Los espacios se nos han quedado vacíos y nuestras capillas están hoy habitadas por el silencio. Pero quiero decirles que cada hermosa celebración de la Semana Santa la viviré espacialmente en la intimidad de mi casa, pero espiritualmente en la grandeza del mundo entero. A todos los tendré alrededor del altar, con todos haré memoria de la Cena aquella con la que la salvación comenzó, a todos presentaré la cruz en adoración y para todos encenderé la luz de la vida que brilla venciendo la oscuridad de la muerte. Y, como todos los años y aún más, no lo duden, habrá Pascua.

Nací un 4 de enero y obviamente agradezco a Dios, a mis padres y a mis hermanitas el don de esa vida. Pero el día, mi día, el que no olvido y siempre recuerdo, del que hago fiesta y alegría, es el 4 de abril, el día que me dice por qué y para qué nací. Le agradezco ese día a Dios, a la Iglesia, a aquel bondadoso Obispo que me impuso las manos y oró sobre mí, a mi comunidad que contra toda

evidencia creyó en mí, y a todas las personas que Dios me ha confiado para acompañarlas en el camino que lleva a la Eternidad. Querría ser más útil en esta hora. Los sacerdotes no hallaremos la cura de este virus ni descubriremos la vacuna, no todos tendremos el privilegio de acompañar a los enfermos, no tomaremos las decisiones políticas y económicas para atravesar la crisis, no estaremos entre los que haremos funcionar el mundo a pesar de todo; pero mantendremos encendida esa otra luz que en momentos tan oscuros es aún más necesaria. Porque, al fin de cuentas, eso es un sacerdote: aquel que alumbra con una luz que muchos no ven; pero que es la luz que permite ver lo que no se ve, entender lo que no se entiende, consolarse en medio de lo inconsolable y tener esperanza cuando no queda esperanza, para poder así sentir el amor que jamás tiene ocaso. El amor que nos ha salvado ya..., y que nos volverá a salvar.

“

Un sacerdote debe ser:
muy grande, y a la vez muy pequeño;
de espíritu noble y sencillo como un labriego;
debe ser fuente inagotable de santidad
y, al mismo tiempo, un pecador perdonado por Dios;
alguien dueño de sus deseos
y un servidor de los débiles y vacilantes.
Debe ser aquél que nunca se doblega ante los poderosos,
pero el que siempre se inclina ante los pobres.
Debe ser un pordiosero de manos suplicantes
y el mensajero que distribuye a manos llenas la riqueza del Señor;
un hombre fuerte en las luchas de la vida
y una mano tierna en la cabecera del enfermo;
un anciano por la sabiduría de sus consejos
y un niño por su confianza en los demás.
Debe ser alguien que aspira a lo más alto
y ama, por tanto, lo más humilde;
un ser lleno de alegría, pero acrisolado en el dolor;
alguien que conoce su propia fragilidad,
pero permanece siempre firme, pues Dios es su fortaleza.»

(Tomado de un Manuscrito Medieval).



®

Orden Religiosa de las Escuelas Pías
ESCOLAPIOS NAZARET